

# CRITERIO

EDITORIAL

## Ante el nuevo gobierno

COMENTARIO

## Juan Pablo II en Asia

FELIX PEÑA

## El mundo que nos rodea

GLORIA VIDELA DE RIVERO

## María en la poesía de Fco. Luis Bernárdez

OSVALDO D. SANTAGADA

## Bautismo de niños

COMENTARIOS: Entre la tragedia y la cordura - Relaciones nuevas pero no fáciles. Pág. 85 • INFORME: Agricultura y ganadería en la economía argentina, por Carlos Chevallier Boutell. Pág. 98 • VIDA CULTURAL: El centenario de Dostoievsky - Las galerías Pacífico - Los 40 años de "ARS", por Fermín Fèvre. Pág. 104 • TEATRO: "El año de la peste" - Otras piezas. Pág. 105 • CINE: "Kagemusha" - "Recuerdos..." - "Siberiada" - Otros films. Pág. 107 • MUSICA: El centenario de Carlos López Buchardo. Pág. 110 • INFORMACION: Pág. 111 • LIBROS: Pág. 112.



K.

# La Virgen María en la poesía de Francisco Luis Bernárdez

GLORIA VIDE LA DE RIVERO

Mendoza

*Decía Arturo Capdevilla, en su discurso de recepción a Francisco Luis Bernárdez como miembro de la Academia Argentina de Letras, que la clave reveladora para la exégesis de este poeta es la idea de peregrinación<sup>1</sup>. Su obra es la de un poeta católico, peregrino entre la tierra y el cielo, que expresa la añoranza de Dios, el sentimiento del destierro, la búsqueda del sentido del dolor y de la vida, el encuentro con la gracia y las condiciones necesarias para que ese encuentro se produzca.*

*Son muchos los poemas que testimonian esta concepción de la vida como peregrinaje hacia el cielo, como un cotidiano esfuerzo ascensional que debe encauzar y trascender afanes y desvelos, penas y cruces, hasta lograr el definitivo reposo en la unión con Dios. Uno de los más representativos es el poema «El vuelo» (en *El arca*, 1953):*

Sólo en la plenitud de mi energía  
y en el ansia infinita de mi vuelo,  
sin otra voluntad ni otro consuelo  
que subir y subir, día por día,

subiré con el fuego que me guía  
por el camino sin dolor del cielo,  
más allá de mi afán y mi desvelo,  
más allá de mi angustia y mi agonía.

Y subiendo y subiendo sin descanso,  
iré llegando al celestial remanso  
y al fin de toda pena y toda cruz,

para perderme en su total reposo  
y no ser en su abismo silencioso  
sino el brillo de un rayo de su luz.

Antes de introducirme en su poesía desde el ángulo propuesto, recordaré someramente algunos datos de su vida.

Nació Bernárdez en Buenos Aires, en 1900 y mu-

La autora es Profesora Titular de Literatura Argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo y miembro de la carrera de investigador científico del CONICET.

rió en 1978. Hijo y nieto de gallegos, pasó en España parte de su infancia y de su adolescencia. Allí publicó sus tres primeros libros<sup>2</sup> en los que se observa la influencia predominante de los postrománticos y simbolistas franceses y de los modernistas hispano-americanos y españoles: Bajo estas influencias se va configurando su voz propia, tanto en lo formal como en lo temático, que ya expresa su sentimiento religioso. En 1924 regresa a Buenos Aires y se relaciona con el grupo «martinfierriista», que adhiere al vanguardismo literario (Borges, González Lanuza, Marchal, entre otros). En 1925 publica *Alcándara*, que combina influencias de un vanguardismo poético renovador con otros caracteres temáticos y formales arraigados en la tradición literaria. Después de *Alcándara*, tras una etapa de transición que se refleja en su libro *Cielo de tierra* (1937), se separa definitivamente del vanguardismo, encuentra su estilo definitivo y se afianza en su tema predilecto: el religioso<sup>3</sup>.

En 1926 vuelve a Europa y vive durante un año en París. En setiembre de 1927 regresa a Buenos Aires y hasta 1932 colabora en importantes publicaciones: *La Nación*, *El Mundo* y *Criterio*. Por esta época asiste a los Cursos de Cultura Católica, a los que me referiré más adelante.

En 1931 sufre una enfermedad pulmonar y en 1933 se instala en La Calera, Córdoba. En 1939 se casa con Laura González Palau, la inspiradora de *La ciudad sin Laura*. En 1941 nace su hijo Luis María, a quien también dedicará varios poemas. Desempeñará diversos cargos vinculados con la cultura, en Buenos Aires y en el exterior del país<sup>4</sup>.

1. Discurso de don Arturo Capdevilla en la recepción académica de don Francisco Luis Bernárdez», en *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, 1962, v. XXVIII, N° 105-106, pp. 313-323.
2. *Orto* (1922), *Bazar* (1922 y *Kindergarten* (1923)
3. Sus libros poéticos son además los mencionados: *El buque* (1935), *La ciudad sin Laura* (1938), *Poemas elementales* (1942), *Poemas de carne y hueso* (1943), *El ruiseñor* (1945), *Las estrellas* (1947), *El Ángel de la Guarda* (1949), *Poemas nacionales* (1950), *La flor* (1951), *El arca* (1953), *Poemas de cada día*, (1963). En 1952 publica las traducciones de *Florilegio del Cancionero Vaticano* e *Himnos del Breviario Romano*.

Lamentablemente carecemos de una buena biografía intelectual de Bernárdez. La lectura de los poetas españoles del Siglo de Oro, particularmente los místicos, ha dejado honda huella en su espíritu y en su poesía: el mundo poético claro y sereno de Garcilaso; la filosofía y concepción estética pitagórica-platónica-agustiniana que subyace en las odas de Fray Luis de León; los símbolos de la noche oscura y de la llama de amor viva, con que San Juan de la Cruz expresa el tránsito purificador que permite la unión mística; las moradas castellanas de Santa Teresa, en cuyo más recóndito ámbito se encuentra al Señor; las antítesis del conceptismo barroco, particularmente de Quevedo, que se adaptan a las antítesis de la vida evangélica...

Su obra poética denota una formación teológica sólida y ortodoxa. En ella debieron influir los Cursos de Cultura Católica, que dejaron honda huella en un grupo de intelectuales argentinos. Transcribiré el testimonio que de ellos nos ha dejado Leopoldo Marechal, amigo por entonces de Bernárdez, que se incorporó a los cursos en 1931:

«Se trataba de poner en estudio, reverdecimiento y práctica los tesoros intelectuales de la Iglesia universal, en la filosofía, la ciencia y el arte...

Entre los dirigentes de los C.C.C. guardo a dos en mi agradecida memoria: el doctor Tomás Casares y el doctor César E. Pico. El primero se dedicó a los Cursos en su rigor intelectual y didáctico; el segundo, por vocación y gracia, dirigió a las huestes del «Convivio», rama de los C.C.C., dedicada especialmente a la literatura y el arte. Entre los «viejos» nos contábamos Bernárdez, Jacobo Fijman (que recibió el bautismo), Antonio Vallejo (que se hizo monje franciscano) y Mario Pinto, que abandonó la crítica cinematográfica de «La Nación» para ingresar en la orden de Santo Domingo, Ignacio B. Anzoátegui (alegre y tremendista en su ortodoxia), y yo, naturalmente... Entre los «nuevos» que se nos acercaban, recuerdo especialmente a Marcelo Sánchez Sorondo, Hipólito J. Paz, Máximo Etchecopar, Juan Carlos Goyeneche, Mario Amadeo, Felipe Yofré y Federico Ibarguren, todos los cuales figurarían después en distintos campos de la política y de los estudios históricos; entre los plásticos, figuraban Ballester Peña y Juan Antonio»<sup>5</sup>.

Con respecto a la concepción poética de Bernárdez, sólo diré que, para él, la poesía es: «emanación de lo eterno del ser: luz que ocasionalmente vestida de ropajes verbales brota de la zona en que el alma está más cerca de lo divino; canto que sube de las últimas raíces de la persona, trata de abrirse en flores esenciales. Y todo ello ¿para qué? Para cumplir el gran deber del artista, que es el de prolongar el plan del Creador con nuevas formas y para comunicarse extrañamente con las criaturas en la contemplación y el goce de lo añadido así a la tierra»<sup>6</sup>.

Sus versos nos permiten conocer algunos hitos y lineamientos de una biografía espiritual-poéticamente expresada. Algunos poemas narran experiencias biográficas con repercusión espiritual. Uno de los más significativos es el «Poema de las cuatro fechas», incluido en *Cielo de Tierra* (1937). Pero la índole espiritual de sus experiencias, lo conduce con mayor frecuencia al empleo de los símbolos y de las alegorías, que expresan visionariamente la vivencia de lo inefable.

La síntesis de este camino espiritual, reconstruido desde los poemas, es la siguiente: una infancia iluminada por la fe; un período juvenil durante el cual combaten, con triunfo pasajero, las fuerzas del mal:

...La noche que te espía  
Miró la dulce luz que te envolvía,  
Y al ver que se empañaba  
Aumentó su porfía  
Y redobló su decisión sombría...

(*El Angel de la Guarda*, 1949)

La presencia de la Virgen en este período oscuro es recordada por el poeta en el «Poema de las cuatro fechas» (*Cielo de Tierra*, 1937):

La Iglesia de Nuestra señora de París era propicia como ninguna.  
Después de una noche vacía resolví descansar a su sombra segura.  
...Mi juventud era torrente sonoro, pero tenía las aguas turbias.  
Cuando sonó la campanilla me pareció que se levantaba la luna.  
...Su resplandor era tan bello que me cubrí la cara con las manos sucias.  
Nuestra Señora me decía, sonriendo, que no me abandonaría nunca.

Cuando el poeta parece haber perdido el rumbo espiritual, la dulce sonrisa de Nuestra Señora de París le trasmite un mensaje de maternal protección.

Un nuevo y más profundo llamado a la conversión se expresa, de modo visionario, en el poema *El buque* (1935). Un misterioso navío que llega hasta el poeta en una noche oscura, precedido de una voz que se convierte en música, es símbolo del encuentro (o reencuentro) con la Gracia Divina, portadora de paz.

Desde entonces, la tensión ascendente es una constante en la poesía de Bernárdez, aunque la vida siga lastimando y la dualidad del bien y del mal siga en pugna:

- Una más detallada (aunque no completa) bio-bibliografía del poeta puede verse en Rogelio Barufaldi. *Francisco Luis Bernárdez*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1963, pp. 161-162.
- Palabras con Leopoldo Marechal*. (Reportaje y antología) Alfredo Andres, Buenos Aires, Carlos Pérez Editor, 1968, pp. 38-39.
- En *Criterio*, 1958, n° 1316. Cit. por Rogelio Barufaldi, *Op. Cit.*, p. 17.

Dame asilo en tu reino compasivo,  
príncipe de cristal y de azucena,  
pues vengo, fatigado y tengo pena,  
porque soy de la Tierra y estoy vivo.

Hazme un sitio de paz en la serena  
soledad de tu mundo sensitivo  
para olvidar que el tiempo fugitivo  
todavía me agobia y me encadena.

Déjame descansar con toda el alma  
desvanecida en luminosa calma  
junto al río de amor de tu armonía,

escuchando el afán del agua pura  
por infundirle voz a mi alegría  
y silencio sin fin a mi amargura.

(«Soneto a Mozart», en *Poemas de carne y hueso*)

En el poema podemos observar los dualismos tierra y cielo; tiempo y eternidad; pena-fatiga y paz, todos ellos resueltos en el poder armonizante de la música, expresión de la armonía universal de Dios.

#### LA VIRGEN MARIA EN LA POESIA DE BERNARDEZ

En este contexto espiritual, los temas religiosos se despliegan en una multitud de direcciones: en el sentimiento de fraternidad con el universo y sus elementos; en el amor terreno, que es chispa del amor de Dios; en la música que refleja y conduce a la armonía divina; en los retratos y oraciones a los Santos; en la presencia de los Angeles; en el misterio de los sacramentos; en la celebración de la liturgia; en la concepción de la Iglesia como arca de salvación.

Entre esta pluralidad de temas, el de la Virgen aparece reiteradamente y configura un libro íntegro: *La Flor* (1951).

El libro lleva como epígrafe unos versos del Arcipreste de Hita: «Quiero seguir a tí, flor de las flores». Con ellos comienza la «Cantiga de loores de Santa María», inserta el *Libro del buen amor*, que expresa esa devoción y confianza ilimitada que tenía en la Virgen el hombre medieval:

Quiero seguir  
a ty ¡flor de las flores!  
Siempre desir,  
cantar de tus loores,  
non me partir  
De te servir.  
¡Mejor de las mejores!...

El poema de Bernárdez guarda relación con *El buque* y con *El Angel de la Guarda*. En los tres se narran experiencias de encuentros con lo trascendente: con la gracia divina, con el Angel resplandeciente y con la Virgen María.

El libro tiene una estructura externa unitaria: una serie de ciento sesenta estrofas. La forma elegida es la lira, estrofa de origen italiano, que —introducida en

España por Garcilaso—, es utilizada luego por Fray Luis de León y San Juan de la Cruz, «y estos tres hitos señalan su subida gradual de profanidad a espiritualidad, de espiritualidad a divinización»<sup>7</sup>.

Internamente, podemos distinguir tres momentos principales. En el primero, el poeta presenta la circunstancia que prepara la experiencia espiritual: un atardecer que avanza hacia la noche. Pero ya el primer verso anuncia cuál va a ser la intención principal del poema: la celebración mariana:

—Dios te salve, María—  
Cantaba una campana muy remota,  
Mientras la luz del día  
Lloraba su derrota  
En la paz de la tarde, gota a gota...

La noche, que es a la vez simbólica de purificación, del sosiego del alma, del olvido de los afanes intrascendentes, es condición para el encuentro con lo sobrenatural.

En el segundo momento del poema, Bernárdez relata cómo se fue desarrollando su vivencia contemplativa: un astro se destacó entre los demás y, precedido de un purísimo perfume, fue descendiendo:

Y ví que el punto errante  
Que se agrandaba y se agrandaba en ella,  
Con paso tan constante  
Y claridad tan bella,  
No era un ángel ni un buque, ni una estrella.

Era una flor hermosa  
Como ninguna flor de nuestro suelo,  
Era una flor gloriosa  
Que bajaba del cielo  
Y se acercaba en silencioso vuelo...

En la «flor divina» se manifiestan las virtudes en su más alto grado: bondad, dulzura, grandeza, delicadeza, piedad, pureza, protección:

Al borde reluciente  
De aquella flor inmensamente pura,  
Sentí profundamente  
Como si su blancura  
Me defendiera de la tierra impura...

El poeta, atraído por la enigmática energía de la Flor, penetra por la puerta que se abre en uno de los pétalos. El tiempo, el espacio, las leyes naturales van perdiendo cada vez más la perspectiva humana. El peregrino recorre fragantes, refulgentes e infinitos corredores.

Andando y avanzando  
Por aquel misterioso laberinto,  
Llegué (Dios sabe cuando)  
Al umbral de un recinto  
Donde hasta el ser del tiempo era distinto.

7. Alonso-Damaso, *Poesía Española*, Madrid, Gredos, 1957, p. 616.

Y me quedé suspenso,  
Contemplando la luz que lo llenaba  
Y el resplandor inmenso  
Con que me iluminaba  
Mientras yo lo miraba y lo miraba.

Y viendo en lo más vivo  
Y en lo más hondo de la luz aquella  
El brillo pensativo  
(De Arcángel y de estrella)  
Con que me sonreía una doncella.

El poeta ha llegado a la experiencia contemplativa, que sólo se logra en el silencio de la vida interior, en el recogimiento que nos defiende de la dispersión en la multiplicidad desordenada, pero que —paradójicamente— nos abre a la comunión con Dios, con las criaturas celestes, con el cosmos ordenado divinamente, con las criaturas terrestres.

La visión de la doncella convierte a todo intento de describirla en un baluceo insuficiente. Por ello, el poeta recurre a la forma interrogativa, a lo largo de las quince estrofas que intentan definirla:

¿Qué decir sin falsía  
De lo que en medio de la luz aquella  
Brillaba y sonreía  
Lo mismo que una estrella,  
Pero en forma y figura de doncella?

Aun no ha descubierto la identidad del ser contemplado, pero comprende que es quien lo ha auxiliado desde la infancia, quien lo ha «guiado hacia la luz, día por día», quien lo ha «llamado cuando todo enmudecía»:

Y que aquella doncella  
Que en el recinto aquel resplandecía  
Con luz tan santa y bella,  
No era sino María,  
Madre del Salvador y madre mía.

Tras el reconocimiento, viene la necesidad de encontrar el nombre apropiado para la alabanza:

Y buscando los nombres  
Que hasta su ser de estrella sin ocaso  
Suelen alzar los hombres,  
Recordé, paso a paso,  
Estrella, trono, espejo, torre, vaso...

El poeta va repasando en su memoria algunas de las bellísimas advocaciones que guarda el tesoro de la devoción mariana eclesial en himnos y letanías y las sugiere sólo con la palabra inicial: «Estrella del mar»<sup>8</sup>, «Estrella de la mañana», «Espejo de justicia», «Torre de David», «Torre de marfil», «Vaso insigne de devoción»<sup>9</sup>. Pero le resultan insuficientes:

Recorrí mentalmente  
Las cosas más hermosas, una a una,  
Y advertí finalmente  
Que no había ninguna  
Más bella que la flor, sin duda alguna...

...Y la flor fue la fragante  
Palabra que elegí resueltamente,  
Porque flor, flor amante,  
Flor limpia, flor ardiente,  
Era la que brillaba ante mi frente...

...Flor virgen, flor materna,  
Flor santa, flor fecunda, flor hermosa,  
Flor viva, flor eterna,  
Flor tierna, flor piadosa,  
Flor pura, flor perfecta, flor gloriosa.

Cuando ha encontrado el símbolo de la criatura perfecta, síntesis de hermosura, de armonía, de materia espiritualizada, va intensificando la fuerza expresiva del símbolo «flor» mediante la adjetivación que enumera los atributos de María: virgen, materna, santa, fecunda, eterna, perfecta, gloriosa...

En un tercer momento del poema, después de la revelación, de la contemplación y la alabanza, se produce el retorno a lo cotidiano:

Y cuando alcé la frente  
Y abrí los ojos y miré despierto,  
Me encontré nuevamente  
Solo y a cielo abierto,  
Ante el paisaje lóbrego y desierto.

Pero el encuentro espiritual ha dejado una santa paz en el poeta y la sensibilidad para captar que, al llegar la luz de la aurora, el universo se asocia con él para alabar a la Reina de todo lo creado: —«Dios te salve, María, flor sin fin».—

María, que ha inspirado todo un libro, es tema además de varios poemas dispersos en las distintas obras de Bernárdez.

El nombre, clave de cada ser, inspira el «Soneto del dulce nombre». Todos los personajes que desempeñaron un papel importante en la historia de la redención recibieron de Dios un nombre lleno de sentido.

La devoción al nombre de María tiene antigua tradición e incluso una celebración litúrgica: la festividad del Dulce Nombre de María<sup>10</sup>.

La Virgen fue llamada por sus padres Miryam, en honor quizás de la hermana de Moisés y de Arón que fue la primera en llevarlo (Ex, 15, 20). En la versión de los Setenta aparece este nombre como Mariám, palabra que vemos después algunas veces en los Evangelios, aunque la forma griega María es la que ha prevalecido. Los filólogos y lingüistas proponen diversos significados: Señora, Exaltada, Muy Amada, Estrella del Mar (o Stilla Maris: Gota del Mar), Iluminada, Mirra...<sup>11</sup>

8. Himno «Ave, maris stella», en *Himnos del Breviario romano*.

9. «Letanías lauretanas».

10. Inocencio XI la estableció para conmemorar la victoria de los ejércitos cristianos sobre los turcos, en Viena, en 1683.

11. Royo, Antonio, *La Virgen María, Teología y espiritualidad marianas*, Madrid Bac, 1968, p. 6.

Bernárdez elabora el tema partiendo de la asociación, tal vez etimológica: mar, María, y también fónica y conceptual: mar, María, amor, llama, ama:

Si el mar que por el mundo se derrama  
Tuviera tanto amor como agua fría,  
se llamaría, por amor, María  
y no tan sólo mar, como se llama.

Si la llama que el viento desparrama,  
por amor se quemara noche y día,  
esta llama de amor se llamaría  
María, simplemente, en vez de llama.

Pero ni el mar de amor inundaría  
con sus aguas eternas otra cosa  
que los ojos del ser que sufre y ama,

ni la llama de amor abrasaría,  
con su energía misericordiosa,  
sino el alma que llora cuando llama.

(En *Cielo de Tierra*, 1937)

La aliteración en *m* y en menor medida en *r* (es decir las consonantes del Dulce Nombre) se reitera en todo el poema, que se vuelve así dulcemente sonoro. En los cuartetos se compara la capacidad de amor de María con la inmensidad del mar y con una llama que arde permanentemente. En los tercetos se señala quién es el destinatario de ese amor: el ser que sufre, el alma que llora y llama, el hombre.

Distintos momentos de la vida de María son recordados. El «Soneto a la Natividad de la Santísima Virgen» (Con el subtítulo: «Aire de Fray Pedro de Padilla») expresa, con antítesis conceptuales y juegos de palabras, las paradojas del Evangelio:

...Vino a la vida para que la vida  
Pudiera darnos vida con su muerte,  
Y para que lo que antes era muerte  
Fuera más vida que la misma vida...

(En *Las estrellas*, 1947)

La natividad de María posibilitará el designio de Dios quien «en la riqueza de su misericordia y llevado por el amor inmenso con que nos ha amado, cuando estábamos muertos por el pecado nos devolvió la vida por Cristo» (Eph. 2,4-5). Esta fiesta eclesial «se celebraba ya en el siglo VII y procede del Oriente: es, ante todo, una fiesta de redención, una especie de adviento, la aurora que presagia la venida de Cristo»<sup>12</sup>. El soneto de Bernárdez capta exactamente el sentido de la celebración litúrgica.

El misterio de la Anunciación es elaborado en «La doncella» (*Poemas elementales*, 1942):

...La voz eterna del Arcángel iluminó su oscuridad y su pobreza.

*Ave María* (le decía como nosotros le decimos, *gratia plena*).

Su corazón, que era un prodigio, quedó suspenso al escuchar la voz aquella.

La criatura se asombraba de ver a Dios  
Nuestro Señor pendiente de ella.

Adán oía entre las sombras y entre las sombras escuchaban los Profetas.

Los pobres muertos, en su patria de polvo y siglos, esperaban la respuesta.

Cuando la niña abrió los labios, el paraíso lentamente abrió sus puertas.

Y Dios bajó para salvarnos, al vientre puro de su Madre, la Doncella.

Con el ritmo lento y reflexivo del versículo de veintidós sílabas y con su característica técnica reiterativa, nos presenta Bernárdez a la Virgen Corredentora: de su «Fiat» depende la salvación de la humanidad, caída desde Adán, ya que el misterio de la encarnación del Verbo se acaba en el misterio de la Cruz.

El consentimiento total e incondicionado de la «esclava del Señor» (Lc. 1,38) recae virtualmente sobre toda la obra de la redención, cuyo preludeo es la anunciación. Desde este momento María ha podido pensar en la profecía en que Isaías (Is. 53) anuncia tan claramente el doloroso «sacrificio» del Mesías (33, 1-5, 7 y 10) y su alcance redentor (53,5,6,10 y 12). Simeón, en todo caso, le precisa las contradicciones que su Hijo sufrirá «para resurrección de un gran número» (Lc. 2,34) y su participación en los sufrimientos de su hijo, la «espada» que le traspasará el alma<sup>13</sup>.

Por la escritura sabemos que María está también presente en el Calvario. Bernárdez la presenta en su soneto. «Encuentro de Jesús y María», que integra un grupo de catorce poemas dedicados a recordar el «Vía Crucis» (*Las estrellas*, 1947):

Esta es María y éste su quebranto,  
Esta es María y ésta su amargura,  
Esta es su pena, siete veces pura,  
Este es su llanto, siete veces llanto.

Esta es la Madre, siete veces pura,  
Que por el hijo, siete veces santo,  
Llora un llanto más puro y sacrosanto  
Que el dolor de la noche más oscura.

Esta es la Virgen siete veces buena  
Que por el alma siete veces fría,  
Siete veces infiel y rencorosa,

Sufre en Jesús la bárbara condena,  
Y acepta en su alma, siete veces mía,  
La espada siete veces dolorosa.

La reiteración del número siete, número relacionado con lo sagrado, presente en otros poemas de

12. Parsch, Pius, *El año litúrgico*, Barcelona, Herder, 1957, p. 823.

13. Mellet, M. «La redención», en *Iniciación teológica*, Barcelona, Herder, 1961, p. 234.

Bernárdez, <sup>14</sup> recuerda aquí la antigua devoción a los siete dolores de la Virgen y la correspondiente conmemoración litúrgica.

La meditación de todos los misterios marianos se resume en las traducciones de los Himnos a Nuestra Señora del Rosario («Caelestis aulae nuntius» y «Te gestientem Gaudiis», en *Himnos del Breviario romano*):

...Venid a recoger las santas rosas  
De estos santos misterios, pueblos todos,  
Y con ellos hacéd coronas santas  
Para la Madre del Amor Hermoso...

Hemos presentado a la obra de Bernárdez como la de un peregrino de la eternidad. Nada mejor para cerrar este estudio que el comentario breve de la recreación que el poeta hace de la medieval alegoría de Gonzalo de Berceo, que en su rudo y sabroso castellano compara a la Virgen con un deleitable prado:

Yo maestro Goncalvo de Verceo nomnado  
Iendo en romaría caeci en un prado  
Verde e bien sencido, de flores bien poblado,  
Logar cobdiciaduro pora omne cansado.

Dice Bernárdez:

Y ante mis pies que con andar cansado  
Median la extensión indiferente,  
La senda se ensanchó piadosamente  
Y apareció la bendición de un prado.

Y apareció la mágica delicia  
De un lugar en que el viento se calmaba,  
Y en que la torva luz se transformaba  
En una luz de maternal caricia.

Alamos de un silencio tan profundo  
Como el del alma cuando en sí se encierra  
Lo guardaban del ansia de la tierra,  
Lo defendían del dolor del mundo...

(«El prado», en *El arca*, 1953)

En la obra poética religiosa de Bernárdez, la Virgen María ocupa el lugar principal que tiene en la vida de la Iglesia. Aparece interviniendo en la vida del poeta, como destinataria de la oración y de la alabanza, como objeto de la reflexión, de la contemplación amorosa e inteligente. La visión, la alegoría, el símbolo, son los recursos más frecuentes para comunicar estas intuiciones espirituales.

La figura de la Virgen es presentada a partir del tesoro de la tradición eclesial y literaria: las Sagradas Escrituras, himnos, advocaciones, devociones, festividades, así como los poemas de Berceo, Juan Ruiz, Pedro de Padilla y otros son fuentes de inspiración para Bernárdez.

En él se unen la profundidad teológica, la segura ortodoxia, con la piedad tradicional que siente en María un dulce amparo, una milagrosa intercesora:

...Virgen que favoreces nuestras cosas  
Con tus imploraciones insistentes,

porque tus manos misericordiosas  
cuando se juntan son omnipotentes...

...Nuestra Señora de los Buenos Aires:  
antes de que aparezca el Anticristo  
pídele a Dios que funde a Buenos Aires  
por vez tercera, pero en Jesucristo...<sup>15</sup>

14. En *El buque*: ...«Música siete veces/música, pero música indivisa,/ que sólo te pareces/ a la de la sonrisa/ de la Señora que la luna pisa!».
15. «Oración a Nuestra Señora de los Buenos Aires», en *Cielo de tierra* (1937).

## PROFESIONALES

### ESTUDIO VIDELA ESCALADA

Corrientes 1145 10° Capital T.35-4242/1390

### JAIME POTENZE

Abogado  
San Martín 244, 2° T.394-1329 Buenos Aires  
Misiones 1475 Montevideo

### ROBERTO RAMON QUINODOZ JUAN ANTONIO LLORENS ROBERTO CARLOS QUINODOZ ESTEBAN PABLO QUINODOZ MARIA MARTA QUINODOZ

Abogados  
San Martín 228 T.14661 - 13118 Paraná (E.R.)

### LUIS ENRIQUE PEREIRA DUARTE

Abogado  
Alem 267, Pta. Alta T.25505 2580 Marcos Juárez

### CANDIDO EMILIO GARCIA JOSE FELIX CERRONE

Abogados  
Av. Corrientes 1386 T. 46-9697

### JUAN CARLOS VEIGA Y ASOCIADOS

Abogados  
Maipú 41, 5° piso T.27415 - 19419 S.M. de Tucumán  
Of. C. - D.

### Dr. CLAUDIO HORST SPEYER

Abogado especializado en asesoría jurídica  
de empresas (U.N.B.A.)  
Tucumán 994 - 3° Piso T.35-3161 y 35-4534

### TEODORO SALVADOR MARCO

Abogado  
Maipú 231, 4° piso, ofic.80/81 T.46-8004 Bs.Aires

### RENZO FARAONI

Abogado  
Florida 229, 10° piso, ofic.10/12 T.33-1736 Bs.Aires

### ESTUDIO GENTILE - SARAVIA

Dres. Jorge Horacio Gentile  
Enrique J. Saravia  
Gonzalo F. Fernández  
Guillermo J. Carena  
Duarte Quirós 545, 5° piso, Esc. I  
Tel (051) 42209 (5000) Córdoba

### LABORATORIO DE ANÁLISIS CLÍNICOS

### Dr. LUIS ERNESTO FOGLIAZZA

Dorrego 89 Bahía Blanca